

El pensamiento twitter ante la realidad compleja

Ricardo Vicente López

La fascinación ejercida sobre una parte importante del mundo globalizado se percibe en la necesidad de mantenerse *comunicados*, con preferencia por los modos asépticos, sin los *riesgos* del *face to face*. Ha encontrado, en la singularidad internética, servicios muy atractivos que parecen ir convirtiéndose en la cultura de ese mundo: el *twitter*¹ y el *facebook*².

El profesor e investigador Pedro Gómez Romero³ (1959) ironiza sobre las ventajas del sistema:

Dicen que Mark Twain⁴ dijo que Disraeli⁵ había dicho que hay tres tipos de mentiras: las mentiras habituales, las mentiras podridas y las estadísticas. Dado el imparable aumento de la importancia de Internet en nuestra sociedad y dependiendo de cómo evolucionen los mecanismos de destilación de datos e información de la red de redes, a esa lista se podría añadir una cuarta categoría: las internéticas. Esta red representa el último hito en la cristalización de una sociedad internacional, interconectada, e interactiva. Se diría que pareciera que vamos en camino de tenerlo todo, desde todas las noticias del día en la aldea global, hasta todo el conocimiento de nuestra especie al alcance de los dedos de cada uno de los ciudadanos del Primer Mundo y de parte de los del Segundo. Pero lo igual que la energía nuclear, la Internética también puede presentar un lado oscuro, y los aprendices de brujo con vocación de controlarla nos lo irán mostrando en años venideros. El volumen sobredimensionado de información potencialmente a nuestro alcance es una característica intrínseca de la red de redes. Un exceso de contenidos que paradójicamente dificulta nuestra capacidad como usuarios de hacer un uso óptimo de los mismos. Y es que a pesar de instrumentos mejorados de análisis masivos de datos, la imagen que Internet nos devuelve de nuestra sociedad de la información es parcial y distorsionada. (subrayados RVL)

La lectura de esta descripción nos provoca una sonrisa, pero al mismo tiempo nos inquieta. Asoma una sombra que parece cubrir con un manto de dudas tantas bondades. Sin embargo, para esa franja de personas, difícil de precisar, Internet va adquiriendo un carácter religioso, de *verdades reveladas* con sus ritos y sus liturgias, que se imponen como irrefutables. Quienes nos dedicamos a la educación percibimos esto con mucha claridad, porque nos movemos en un ambiente de jóvenes. Esto no intenta negar los buenos servicios

¹ Creado en 2006, y lanzado en julio del mismo año. La red ha ganado popularidad mundialmente y se estima que tiene más de 200 millones de usuarios, que generó 65 millones de *tweets* (tuits) al día y que maneja más de 800.000 peticiones de búsqueda diarias. Ha sido apodado “el SMS de Internet”. La red permite enviar mensajes de texto de corta longitud, con un máximo de 140 caracteres, llamados *tweets*, que se muestran en la página principal del usuario.

² Facebook es un servicio que consiste en un sitio web de redes sociales. Originalmente era un sitio para estudiantes de la Universidad de Harvard, pero actualmente está abierto a cualquier persona que tenga una cuenta de correo electrónico. Los usuarios pueden participar en una o más redes sociales, en relación con su situación académica, su lugar de trabajo o región geográfica.

³ Profesor, español, en el Instituto de Ciencia de Materiales de Barcelona (ICMAB) del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), donde dirige diversas líneas de investigación sobre materiales. Además de su trabajo como investigador desarrolla, desde hace años, labores de divulgación en diversos medios.

⁴ Samuel Langhorne Clemens, conocido por el seudónimo de Mark Twain (1835–1910), fue un popular escritor, orador y humorista estadounidense. Escribió obras de gran éxito como *El príncipe y el mendigo* o *Un yanqui en la corte del Rey Arturo*, pero es conocido sobre todo por su novela *Las aventuras de Tom Sawyer* y su secuela *Las aventuras de Huckleberry Finn*.

⁵ Benjamín Disraeli (1804-1881), político, escritor y aristócrata británico, que ejerció dos veces como Primer Ministro del Reino Unido y tres veces Ministro de Hacienda del Reino Unido.

que brinda la red ni denigrar a sus integrantes. Sólo pretende advertir algunos riesgos que hoy ya existen y que pueden aumentar en calidad y volumen. Nuestro trato habitual con la red, que nos sumerge en su ámbito, no nos permite detectar lo que el profesor dice con bastante gracia:

Si algún visitante alienígena intentase comprender nuestro mundo mediante una extrapolación internética, podría llegar a la conclusión de que África prácticamente no existe, de que el chino es un idioma minoritario o de que en toda ciudad hay un sex-shop en cada esquina. La diversidad y el enorme potencial del bosque internético llevan camino de verse empobrecidos por el dominio de mecanismos evolutivos puramente mercantilistas, mientras que la obsesión neo-milenaria por la seguridad del imperio gestor de Internet empieza a amenazar la libertad de la república que lo hizo posible. La imagen de nosotros mismos que nos devuelven hoy en día, digna de espejo de feria, debería servirnos de aviso y de acicate para pulir nuestros instrumentos internéticos y crear otros nuevos, para corregir aberraciones en Internet y evitar, en definitiva, que la recién bautizada Internética pudiera acabar convirtiéndose en una nueva categoría dentro del campo de las mentiras. (subrayados RVL)

A este detalle de dificultades quiero agregar algunos comentarios sobre el uso del *twitter*, no porque éste no sea parte del verdadero problema, sino para llamar la atención respecto de algunas consecuencias que hoy pueden detectarse en la formación de los jóvenes, no sólo por la utilización de un modo del pensamiento que se expresa lineal y binariamente. Desde esa manera del pensar que se deriva de la lógica de la comunicación *twittera*, las conclusiones posibles se ven reducidas a una simplificación de lógica aristotélica (con perdón del sabio griego) que puede sintetizarse como: “A” es “A” y no es “B”. Esta certeza binaria no admite la *duda* ni, lo que es peor, la *complejidad de la realidad* misma. Vayamos a un ejemplo imaginario para intentar ser más claro. Supongamos un diálogo entre un profesor y un alumno:

Alumno— Profesor, ¿usted está de acuerdo con Europa?

Profesor— Bueno, es una pregunta que requiere algunas aclaraciones previas. Por ejemplo, ¿qué querés decir con Europa, a cuál Europa te referís? Porque depende de esta precisión que yo pueda intentar una respuesta.

Alumno— Profesor, Europa, que yo sepa, es una sola.

Profesor— Si la Europa en la que estás pensando es una referencia geográfica, ¿en qué sentido puedo estar de acuerdo o no? ¿Debo decir si sus límites me gustan, si las subdivisiones en países son correctas? ¿Con qué criterios puedo yo contestar tus interrogantes?

Alumno— Profesor, ¿por qué una pregunta tan sencilla como la mía merece de usted tantas vueltas para ser contestada? Yo esperaba que me dijera, sencillamente: “sí” o “no”.

Profesor— La respuesta que esperás, pretende que yo reduzca la complejidad de un tema que es político, ideológico, económico, etcétera, a un simple “sí” o “no”. Lo que intento decirte es que el “sí” o el “no” no te aporta ningún conocimiento.

Alumno— Yo no esperaba que me enseñara nada, sólo quería saber qué pensaba usted.

Se podrá decirme que estoy reduciendo y simplificando demasiado el problema, tanto que se convierte en absurdo. Sin embargo, veamos este caso que es real, se produjo en una entrevista entre un periodista y un ministro. Los términos del diálogo, escuchados por mí en un programa radial, son aproximadamente estos:

Periodista— Señor Ministro, ¿está usted de acuerdo con la toma de las escuelas?

Ministro— En una sociedad democrática, el derecho a peticionar debe estar garantizado, y así lo hace nuestra Constitución Nacional.

Periodista— Yo le estoy preguntando sobre un tema puntual. ¿Está de acuerdo sí o no?

Ministro— Su pregunta ignora la complejidad que encierra el tema. Depende de cuál toma, en qué circunstancias, como consecuencia de qué tipo de conflicto.

Periodista— Señor Ministro, mi pregunta es mucho más simple y se contesta por un “sí” o por un “no”.

Ministro— Usted me está haciendo una pregunta abstracta que, en tanto tal, no puedo responderla.

Periodista— Está bien, no quiere contestar.

Caben aquí algunas reflexiones: la pregunta del periodista es sincera y honesta. Si lo es, ¿es tan limitado el periodista para no comprender que la complejidad es real y corresponde a la vida social, política, económica, etc.? Desconocer este punto convierte cualquier respuesta simple en una necesaria falsedad, total o en parte, puesto que está condicionada por el caso real que ha promovido la inquietud, y que debería especificarse para que la respuesta fuera el resultado del análisis de ese caso. Entonces sí podría suponerse que el funcionario evita responder. Pero, como estoy suponiendo que la pregunta es sincera, debo afirmar que es el resultado de una mentalidad lineal y binaria que reduce la realidad a una simple ecuación lógica que no admite matices.

Ahora bien, si el objetivo de la entrevista tiene por objeto acosar y poner en un aprieto al funcionario, deberíamos entender que es una artimaña para desprestigiarlo. También se puede sospechar que la intención es arrancarle una respuesta poco feliz que pueda convertirse en titular de los diarios del día siguiente. Así, lo que puede apreciarse en el modo de interrogar de los entrevistadores es que no se buscan respuestas que se fundamenten en un análisis, más o menos serio, porque algunas veces se afirma, con aires de sapiencia: “El público quiere noticias fáciles de leer, sin muchas complicaciones”. Y esta sabiduría proviene de las aulas de *ciertas academias* de periodismo que se basan en *profundas investigaciones científicas* locales o, mejor todavía, de alguna universidad de los Estados Unidos.

Mi intención de relacionar este modo de pensar con el ejercicio cotidiano del *twitter*, algo que casi sin excepción hacen los periodistas (o “comunicadores”, como prefieren hoy que se los llame) quizá parezca disparatada. Si se acepta que la realidad en sus diversas dimensiones es siempre compleja, como nos ha enseñado Edgar Morin⁶ (1921) y, por otra parte como vimos ya, el hábito cotidiano del *twitter*, del SMS y de otras formas de los modos de comunicación en uso, imponen reducir a muy pocas palabras lo que se quiere decir.

Pregunta: ¿cómo se puede expresar la complejidad con un lenguaje excesivamente sintético? ¿se puede pensar que todo ello tiene consecuencias sobre la estructuración del sistema de pensamiento? ¿no se va adecuando a esos modos comunicacionales? En el *periodismo televisivo*, los resultados son peores, porque allí impera lo que se repite con aires académicos: “El tiempo es tirano”, lo que impone una conversación del tipo ping-pong. El poeta Charles Pierre Baudelaire⁷ (1821-1867) afirmaba: «Lo que la boca acostumbra a decir el corazón termina creyendo».

⁶ Filósofo y sociólogo francés. En la teoría del Pensamiento Complejo, ideada por Morin, se dice que la realidad se comprende y se explica simultáneamente desde todas las perspectivas posibles. Se entiende que un fenómeno específico puede ser analizado por medio de las más diversas áreas del conocimiento, mediante el "Entendimiento transdisciplinar", evitando la habitual reducción del problema a una cuestión exclusiva de la ciencia que se profesa.

⁷ Poeta, crítico de arte y traductor francés. Fue llamado poeta “maldito”, fue uno de los poetas “malditos” debido a su vida de bohemia y a sus excesos.

En este juego, que se sostiene en un lenguaje liviano, lo que queda como resultado es un gran derrotado: el idioma, en nuestro caso el bello y rico castellano. Sin su amplio abanico de vocablos y su utilización precisa para la construcción de un discurso argumentado, la comprensión de lo comunicado corre serios riesgos.

Puede aplicarse en este caso lo que dijo Lord Arthur Ponsonby⁸ (1871-1946): «Cuando se declara la guerra, la verdad es la primera víctima». No podemos ignorar que hoy la guerra internacional desatada por la tergiversación comunicacional se ha cobrado esa víctima: la *verdad*. Es ella lo menos importante hoy en el ámbito de las comunicaciones de los medios concentrados. La palabra se ha convertido en un arma de guerra porque «lo que no hacen con armas de guerra, lo hacen disparando balas de tinta».

El arduo camino de la simplificación

Mario Goloboff (1939) - Escritor, Profesor de la Universidad Nacional de La Plata; Profesor invitado por la Universidad de Toulouse-Le Mirail (Toulouse, Francia). 23-4-15

No sólo la aprehensión de la complejidad se alcanza después de un largo trecho de elaboración intelectual; también, a pesar de lo que suele creerse o sostenerse, la perfección de la simplicidad. Esta sufre un proceso tan arduo y trabajoso como aquél. O quizá mayor, para lograr que no se vea la trama, que la simpleza aparezca como natural, como emanada de la materia bruta, de los objetos mismos y de los propios hechos. Ese es, por otra parte, el medio más válido para instalarla en el saber común, en el pensar común. Ello le permite campar a sus anchas en lo que será después, probablemente, la mayoría de opiniones en lugares consagrados y populares del saber corriente: los encuentros familiares, los bares, los cafés, la televisión, la cola de los micros, de las verdulerías y las carnicerías, de los almacenes y los supermercados (la enumeración es, claro, puramente enunciativa).

Y uno de los procedimientos de los que se vale esta idea laxa del sentido común es, privilegiadamente, el de la comparación. Tentador y fácil parece cotejar, asemejar, igualar; exime de grandes y dolorosas reflexiones, pone en escena dos escenas que, en el recuerdo, en la valoración, dan la impresión, sin entrar en pequeños detalles, de establecer situaciones bastante similares, y luego el receptor adhiere a la propuesta por comodidad, por inercia, casi por cansancio o por despecho. Hay una visita recordada, en el pasado, quieta, avejentada o diluida, y una actual o inmediatamente alcanzable, que se supone le semeja, se le acopla, aunque más no sea lejanamente: una figura deportiva, económica o política que recuerda a otra, un animador mediático, una actriz bella o meramente interesante, una promesa de gobierno, un hecho, un accidente de la imaginación o de la realidad. ¿Es esto muy abstracto? Pensemos, nada más que a título de mero ejemplo y para no ir largo en distancias temporales o espaciales, en “Je suis Charlie”.

La consigna, novedosa, creativa, rutilante, parisiense en suma, atractiva en la instancia y el momento franceses y europeos, que, al cabo de pocas semanas, se reproduce aquí, paraguas mediante, llave en mano, y deviene copia, imitación, rápidamente casi caricatura, porque enseguida empieza a verse que poco o nada, en el ejemplo, es comparable, que la asimilación es forzada, que no se corresponde con los personajes, con la situación, el tiempo, el lugar, la vida, la historia particular de cada sitio. Se ha procedido por metáfora, desoyendo el viejo principio del monje y metafísico nominalista Guillermo de Ockham⁹ (quien, a pesar de toda su lucidez, murió víctima de la peste negra): “No hay que multiplicar en vano las entidades”.

⁸ Político británico, pacifista, escritor y activista social.

⁹ Fraile franciscano, filósofo y lógico escolástico inglés (1288–1349)

Otro mecanismo que también se utiliza en este tipo de empresa es el de las oposiciones, que dudosamente existan como tales en la realidad, y que se trasladan del terreno discursivo al plano de lo social y lo político: blanco-negro, sano-enfermo, espíritu-materia, forma-fondo. A veces, para sobrellevarlas, se intentan paralelismos que tampoco tienen demasiada vigencia más allá del campo de juego y de sus reglas: en la familia, la pareja; en el deporte, dos equipos; en política, el bipartidismo; en justicia, los dos platillos de la balanza. Así, pues, el campo de la simplicidad, al contrario de lo que se piensa, es casi infinito, mientras que el de la complejidad es bastante reducido. Tiene su lógica: no hay mucha gente que gusta ocuparse de la fisión del átomo o de los estudios fonológicos de lenguas vernáculas. Aunque reditúe un poco más, a veces.

Entre la vasta obra que nos ha prodigado el gran sabio francés viviente, hoy de 93 años, Edgar Morin, hay un libro dedicado al pensamiento de la complejidad (en el cual, entre otros tantos campos, es un especialista), que es un verdadero placer leer y releer (*Introduction à la pensée complexe*, cuya primera edición es de 1990). Sobre todo en la Argentina, y en las presentes circunstancias políticas, sociales, porque si bien los ensayos no están volcados de modo exclusivo o predominante al pensamiento político, lo abarcan, lo abordan, lo trascienden. Devotos del pensamiento simple, tan atractivo para explicar y contener la intrincada actualidad, lo despreciarán sin duda. Pero ello no le da sino más fuerza y más poder de convicción: quién no está cansado de las soluciones maniqueas, de los colorinches antagónicos, de la liviandad del llamado sentido común (“el menos común de los sentidos”, para algún proverbio tradicional. No tan conocida es la opinión del maestro español, Miguel de Unamuno¹⁰: “Hay gentes tan llenas de sentido común, que no les queda el más pequeño rincón para el sentido propio”).

Y lo que hace Edgar Morin es empezar por el principio, es decir, reconociendo que la idea de complejidad “debe probar su legitimidad” porque no tiene detrás de él “una noble herencia filosófica, científica o epistemológica”. Por el contrario, la propia palabra “sufre una pesada carga semántica, puesto que porta en su seno confusión, incertidumbre, desorden. Su primera definición no puede arrojar ninguna elucidación: es complejo lo que no puede resumirse en una palabra clave, lo que no se puede enmarcar en una ley, lo que no puede reducirse a una idea simple”. (Por lo tanto) “la complejidad no podría ser alguna cosa que se definiría de manera simple y tomaría la plaza de la simplicidad. La complejidad es una palabra-problema y no una palabra-solución”.

En tiempos electorales, abunda esa defensa de la simplicidad y, sobre todo, la de los lenguajes simples, presuntamente más cercanos a la verdad, “a la realidad concreta”. Hay que reconocer que a la invencible mediocridad de algunos candidatos se suman, hoy y aquí, ciertas características del propio discurso político, “socialmente determinado, situacional y fundado en las representaciones que del contexto se hacen los actores” (Alexandre Dorna): inmediatista, verosímil, promisorio, esperanzador, contrastante, redundante... Pero ¿existen los lenguajes simples? Toda lengua es, casi por definición, opaca, densa, equívoca, pluri-significativa, interpretable.

Transcurrido el siglo XX, siglo del psicoanálisis, de la lingüística y la filosofía del lenguaje, del estructuralismo, entre otros importantes pensamientos, parece inútil seguir subrayándolo. Un siglo que deshizo los preconceptos y las creencias en el lenguaje como un puro mediador de la comunicación y reconoció su espesura, su follaje, su ínsita capacidad poética, su profundidad. Por otra parte, en una democracia, mientras más complejos sean los discursos que los diferentes campos ideológicos y políticos intercambien, más se enriquecerá la misma competencia. Son, en cambio, los totalitarismos económicos y políticos los que pregonan discursos simples, y son siempre sus voceros, de cualquier bandería, los que

¹⁰ Escritor y filósofo español (1864-1936) perteneciente a la generación del 98. En su obra cultivó gran variedad de géneros literarios como novela, ensayo, teatro y poesía. Fue Rector de la Universidad de Salamanca.

blanden soluciones cándidas, explicaciones netas para problemas tan complejos como casi todos los que hoy enfrentan nuestras sociedades.

Por ello, en la presentación de su señera revista *Les Temps Modernes*, a mediados de los '40, Jean-Paul Sartre ya alertaba: “La burguesía se define intelectualmente por el empleo que hace del espíritu de análisis, cuyo postulado inicial es que los compuestos deben necesariamente reducirse a una ordenación de elementos simples”. Y quizá también por eso, hacia principios de la década del '60, el enorme dibujante Sempé, tierno y crítico, comenzaba a publicar una tira cuyo éxito lo marcaría por años: “Rien n'est simple” (“Nada es simple”).